

EDAD MEDIA, ESCATOLOGÍA Y MUNDO MODERNO¹

Confrontados a una situación inédita, el católico de hoy, sobre todo el intelectual católico, tiene la misión inédita y debe, por consiguiente, dar una respuesta inédita.

Es indudable que la Edad Media conoció un admirable Weltanschauung, una cosmovisión muy esplendorosa del mundo. Durante esa época, el orden natural y el orden sobrenatural eran, sí, ordenes distintos, pero en modo alguno divorciados. Así como en Cristo la naturaleza humana y la divina se unen en la Persona divina sin dejar de distinguirse, así lo temporal se unió con lo eterno, lo carnal con lo espiritual, lo visible con lo invisible, sin perder cada ámbito su límite de autonomía.

El mundo ofreció entonces un espectáculo cultural verdaderamente arquitectónico, catedralicio. La filosofía, por ejemplo, asumiendo todo lo que era valedero en el pensamiento tradicional de Platón, Aristóteles, Plotino, etc., lo injertó en el cosmos de la revelación. Al fin y al cabo aquella tradición no había sido sino una suerte de “preparación evangélica”, como la calificaron los Padres de la Iglesia. La verdad natural era coherente con la sobrenatural, ya que ambas tenían, en última instancia, a Dios por autor.

En fin, un orden temporal empapado de sacralidad. El papel del intelectual católico de entonces no era sino concretar esa visión temporal y trascendente en el marco de las instituciones, que tanto lo ayudaban para dicho cometido.

Cuando el hombre decidió romper sus lazos naturales y sobrenaturales, no conquistó la libertad sino que se volvió servil, esclavo. Cuando el hombre cae de Dios, decía San Agustín, cae también de sí mismo. El conjunto de estos hombres “emancipados” constituyen el mundo moderno. Lo que el Magisterio Eclesiástico ha dado en llamar “mundo moderno”, más que una designación cronológica, es una calificación axiológica para designar a un mundo independiente de Dios y la verdad. Aquella unión de lo divino y de lo humano, que tan bien caracterizó a la Edad Media, ha desaparecido. Subsiste lo divino, sí, pero acosado, restringido a lugares y tiempos determinados, en una palabra, marginado; subsiste la

¹ Para esta exposición vamos a interrelacionar, con algunos aportes nuestros, tres trabajos. El primero, una conferencia inédita del Reverendo Padre Alfredo Sáenz, s.j., titulada *La misión del intelectual católico hoy*. El segundo, un artículo del filósofo Juan A. Casaubon, titulado *Autoridad y libertad*, publicado en *Mikael*, año 6, N° 17, 1978. Y el tercero, un artículo de José Ignacio Saranyana, titulado *Sobre el fin de los días (la escatología del mundo, según Santo Tomás)*, pdf, Universidad de Navarra, págs. 219/241, disponible en la web.

humano, sí, pero exaltado, emancipado, hecho absoluto. La unión hipostática se ha roto. Lo que Dios había unido, el hombre lo ha desunido.

Por eso San Agustín dijo: “Dos amores hicieron dos ciudades: a la terrena, el amor de sí hasta el desprecio de Dios, a la celestial, en cambio: el amor de Dios hasta el desprecio de sí”.

La expresión “Ciudad de Dios” no significa pura y simplemente la Iglesia, sino más bien lo que podríamos llamar, precisamente, “la ciudad católica”, esto es, en explicación del Padre Julio Meinvielle², una sociedad humana que “implica una acción informativa de la Iglesia misma sobre la vida de los pueblos, sobre su misma vida temporal... Una vida de familia, de trabajo, de cultura, de la política, al servicio de Cristo”. Asimismo, correlativamente, la ciudad terrena en la expresión agustiniana no es precisamente el Estado, ni mucho menos la sociedad civil, sino toda agrupación de hombres que no ponen como último fin de su vida a Dios como Éste se ha revelado y que quiere ser amado y servido.

A parir de que el hombre está hecho de cuerpo y alma, ciertos hombres y corrientes sólo ven el primer aspecto –el del hombre, pequeña parte del mundo físico–, y dan origen a la actitud materialista; otros, en cambio, ven sólo el segundo aspecto –el del conocimiento como contingente del mundo–, y engendran la actitud idealista; la Iglesia apoyada en la sólida filosofía de Aristóteles y Santo Tomás, ve ambos aspectos y los integra armoniosamente y no olvida que esa alma que, por el conocimiento, en “cierto modo” abarca al mundo, no deja, por un lado, de estar sustancialmente unida a un cuerpo, ni, por otro, de estar a su vez contenida en el universo total y en su bien común, que es integrado también, como sus partes, por los distintos espíritus creados.

Así, por esa potencia que tiene el alma, de captación de lo otro en su otredad misma y en toda su universalidad, esto es, por su inteligencia, el hombre puede conocer la verdad objetiva acerca del mundo, de sí mismo, de la socialidad y sociedad humanas y de la esencial dependencia de todo ellos respecto de su Primera Causa, Sumo Ejemplo, Último Fin, Dios. Y, por ello, tiene la capacidad de guiarse a sí mismo en su vida, siguiendo, no desordenadamente sus impulsos ciegos y subjetivos, sino la norma que le traza la verdad objetiva del mundo, de sí mismo, de la sociedad y de Dios.

² Cfr. autor citado, *Concepción Católica de la Política*, 2ª edición, Buenos Aires, 1941.

Lo que la inteligencia conoce como ser y como verdad, la voluntad lo ama como bien; de esto se deriva que “el bien debe hacerse y el mal evitarse”³. Por tanto, el orden de los preceptos de la ley natural sigue al orden de las inclinaciones naturales⁴.

La libertad es la capacidad humana de actuar conforme a la verdad y al bien, esto es, al ser; y la ley, no otra cosa que el reflejo y participación de esa luz imperiosa del ser y de la verdad como bien y fin de la razón práctica humana, ordenadora de la libertad.

De esa sociabilidad esencial del hombre nacen la familia, la aldea, la ciudad, los gremios, la provincia o región, la sociedad civil por fin, que en cuanto regida por la autoridad, se hace sociedad política.

La Iglesia, pues, es la sociedad sobrenatural, en cuyo seno se da la vida sobrenatural del hombre; ella lo conduce a su último fin sobrenatural, la visión de Dios ‘cara a cara’. En el orden natural el hombre sólo podría conocer a Dios desde el mundo y desde su propio yo, como causa de ambos, pero sin captarlo directamente; esto último sólo es posible por la deificación intrínseca, mediante la gracia santificante, que es la participación en nosotros de lo divino. De allí que en el ‘orden cristiano’ haya dos sociedades perfectas. La sociedad política, que tiene por fin lograr el bien común temporal del hombre; y la Iglesia, que lo tiene en lograr su bien común sobrenatural. Ambas son soberanas en su esfera; pero como el fin intermedio debe subordinarse al fin último, y la vida temporal es donde se gana o se pierde la eterna, el Estado debe dejarse guiar por la Iglesia en todo lo que pueda favorecer o perjudicar esa consecución de la vida eterna, esto es, en las materias “llamadas mixtas”⁵.

Y el Ser/ser es, en último término, amor: *Deus charitas est*.

No obstante, en esta Revolución moderna anticristiana, la libertad, lejos ya de someterse al ser, a la verdad, al bien, objetivos naturales y sobrenaturales, ira “descubriéndose” a sí misma, “progresivamente”, como “fuente” de la verdad y del bien; incluso, en ocasiones, como causa del ser; de la “Verdad os hará libres” se pasa a la “libertad os hará verdaderos”, y la palabra “libertad” empieza a ser escrita con mayúscula, símbolo y signo de la divinización; llegando incluso a ponerse como creadora del mundo (“seréis como dioses”), fuente primera del ser, idéntica en el fondo con la razón divina; ofendiendo a Dios

³ Suma Teológica, I-II, 94, 2 c.

⁴ *Ibidem*.

⁵ Cfr. Encíclica *Inmortale Dei*, de S. S. León XIII, ver Doctrina Pontificia, Documentos Políticos, B.A.C., Madrid, 1958, pp. 186 ss.

en su inteligencia y en su obra creadora, quien impondrá el debido castigo, poniendo fin, tal vez, a la eutrapelia infinita.

Como dijo Charles de Koninck en su obra *De la primacía del bien común contra los personalistas*⁶, uno de los que mejor ha captado el espíritu de esta Revolución moderna: “Siguiendo esta hipótesis (moderno-revolucionaria), el hombre, sería en verdad, la medida de todas las cosas, que no podrían tener otra medida. Pero la proposición ‘el hombre es la medida de todas las cosas’ sigue siendo abstracta. Para ser consecuentes debemos preguntar: ‘¿Qué hombre?’, o bien, ‘¿Qué hombres?’. Nótese que no podríamos preguntar: ‘¿Qué hombre o qué hombres tienen el derecho de imponerse como medida?’. Tendrá ese derecho aquel que tenga en sus manos el poder de imponerse. En buena lógica se puede, al menos, esperar que así suceda”. ¿Será ese hombre el Anticristo de adoración obligatoria, pura, simple y totalitaria del Anticristo universal como lo adivinara Benson en su profética obra: *El Amo (o Señor) del mundo?*

Analizaremos a partir de aquí la escatología en Santo Tomás de Aquino pero no la individual o personal de cada cual, sino la de la sociedad política y proponemos algunas líneas de acción sobre el fin o, mejor expresado, el destino del Estado antes de que ello ocurra.

Como introducción al problema, tenemos que partir de la noción de «fin absoluto». No se trata del *fin* como causa final, sino del *final* o acabamiento de las cosas y de los días⁷.

Si la eternidad –dice Santo Tomás– es la medida del *esse*⁸ permanente, los seres se alejarán de la eternidad en la medida en que aparten de la permanencia en su *esse*. Lo mismo pasa cuando los Estados se apartan de su fin último: el bien común, más aún cuando en la sociedad moderna se divorcia el Estado de la Iglesia y no se deja guiar por ella.

¿Qué tipo de sociedad política mantendrá su existencia hasta los últimos días? ¿Cuál es la más justa susceptible de ser glorificada manteniendo su substancia específica y genuinamente cristiana?

Según podemos interpretar del sumo dominico será aquella que más se ajuste con la recta razón natural se su existencia, la que mejor tienda al bien común. Al menos desde la perspectiva tomista, será aquella que esté más cerca de la virtud teologal de la «esperanza»

⁶ Autor y obra citada, II parte, El principio del orden nuevo, negación de la primacía de lo especulativo, trad. Castell., Cultura Hispánica, pp. 134/5.

⁷ Sobre este tema, véase J. I. Saranyana, *Santo Tomás. De aeternitati mundi contra murmurantes*, en «Anuario Filosófico» 9 (1976) 399-424.

y que cumpla con un doble objeto: uno primario, que es Dios como sumo Bien, y otro secundario, que son las propias cosas creadas, apetecibles en sí mismas, en cuanto que no constituyen obstáculo sino camino para alcanzar el objeto primario de la virtud y satisfacen plenamente los anhelos nobles del corazón humano⁹.

Si para el Angélico es condición de toda creatura la intrínseca composición en potencia-acto, lo mismo puede decirse de un Estado y éste al final de los tiempos sufrirá como el cosmos la transformación maravillosa que tiene como uno de sus objetivos el dar a conocer, casi sensiblemente, los atributos divinos en los efectos del Creador; de tal forma que, cuando se consume la escatología final, los hombres bienaventurados puedan reconocer a Dios racional y directamente en las cosas creadas como su Causa primera e incausada, el primer Motor inmóvil, el Ser absolutamente necesario, etc.

¿Qué hacer entonces en este Mundo Moderno antes de la escatología? Proponemos algunas líneas de orientación: El trabajo ascético debe subordinarse a la contemplación mística; el trabajo lógico, a la contemplación filosófica; el trabajo político a la realización del orden verdadero; el trabajo artístico, a la reproducción idealista o promoción de la belleza real; el trabajo material, a la creación de bienes útiles que se pondrán al servicio de la contemplación y amor de la verdad. En cuanto a la economía, o es una parte de moral, o es un arte subordinado a la moral, y está “al movimiento de la creatura racional hacia Dios” (Santo Tomás).

Hoy, en el orden político, cada gobernante, ejerciendo la “virtú” maquiavélica, considera su Estado como una obra de arte (no de ética) por realizar, por construir.

En cuanto a lo económico pasará lo mismo al primer plano, será la “infraestructura” de la que todo lo demás –todo lo espiritual– será mero y engañoso reflejo: no se admitirá otra jerarquía que la del poder económico, la esclavitud universal, imagen del infierno, así estará bien preparado el terreno para recibir el Anticristo.

Empero, todo mal es permitido por Dios para obtener un mayor bien; si tolera tan grandes males en nuestros días será porque se propone sacar de ellos extraordinarios bienes.

⁸ Suma Teológica I, q. 10, a. 5c.

⁹ Cfr. J. I. Saranyana, *Entre la tristeza y la esperanza (Santo Tomás comenta el libro de Job)*, en «Scripta Theologica», 6 (1974) 329-361. Santo Tomás consideró atentamente el tema de la esperanza en la *Quaestio disputata de spe*, dividida en cuatro densos artículos, que constituyen un excelente complemento de STh I I I , q. 40; y II-II, q. 17.

Algunos intelectuales católicos, en vez de convertir al mundo, se abrieron y abren indebidamente al mundo, no para salvarlo sino, si se nos permite una dura expresión, para ser salvados por el mundo, sobre todo el mundo de la democracia liberal.

Las actuales circunstancias exigen “iluminar” al mundo, la misión del intelectual católico. Porque se trata de una función “iluminatoria”. Parece propio de la inteligencia iluminar donde imperan las tinieblas. Y si esta función ha sido siempre necesaria, hoy lo es más que nunca ya que las tinieblas se han espesado. En el fondo no es otra cosa que una participación en la tarea iluminante de Aquel que dijo: “Yo soy la luz”, “he venido a traer la luz del mundo”. La luz sobrenatural, pero también, en cierto modo la natural. Donde hay luz, allí en última instancia está Cristo, la luz del mundo.

El ámbito que el intelectual católico debe iluminar por excelencia y ante todo es el ámbito de la filosofía. En el campo de la filosofía, el proceso de decadencia al que antes hemos aludido, se ha hecho más evidente que en ningún otro terreno. El intelectual católico deberá conocer lo mejor posible el neomarxismo, el socialismo y el liberalismo del “Nuevo Orden Mundial” globalizado. Pero deberá conocer mucho mejor aún la filosofía perenne, que encuentra una magnífica concreción en el pensamiento de Santo Tomás. Tal será su punto de referencia, que le permitirá pronunciar un “juicio” sobre toda filosofía que se aparte del recto camino hacia el ser. Nada más lejos del eclecticismo que esta posición. Sabemos bien que en la universidad el joven se forma en el conocimiento de las diversas filosofías, no asignándoles más valor que el de su aparición cronológica. El filósofo cristiano no puede ser un mero espectador del devenir filosófico, ni un coqueteador de las filosofías en boga; debe ser un enamorado del ser, del ser natural y del Ser sobrenatural. Su oficio no consistirá solo en “conocer” diversas filosofías sino “juzgarlas” desde un punto de vista incommovible de la verdad no solo conocida sino saboreada. Su oficio no consistirá tampoco en una repetición mecánica de la ortodoxia escolástica, sino que, valiéndose de la vigencia perenne de sus principios, sabrá iluminar la realidad del hombre de hoy y responder a sus acuciantes problemas.

Los problemas de hoy no han nacido, pues, aquí y ahora, por generación espontánea, sino que, tuvieron su concepción y gestación, y lo que nosotros recibimos son los colofones, los coletazos de un largo proceso histórico, “donde ya se ve encendido el calefón” escatológico. De ahí la necesidad de que el intelectual católico tenga bien estructurada en su mente los que se ha dado en llamar la “filosofía de la historia”, aunque más habría que

denominarla “teología de la historia”. Para esa visión global nada mejor que la meditación de la inmortal obra de San Agustín *De Civitate Dei* donde el Santo Doctor desarrolla el devenir histórico a la luz del conflicto teológico entre dos ciudades, la Ciudad de Dios y la Ciudad de Satán, la radicada en el amor de Dios hasta el desprecio de sí, y la fundada en el amor de sí hasta el desprecio de Dios. En esa obra, el Doctor de Hipona nos ofrece las claves de la historia. Pero se trata de una obra inconclusa, por las limitaciones insuperables del gran maestro, ya que, naturalmente, sólo podía analizar el curso de la historia hasta el siglo que vivió. Toca a nosotros proseguir su tarea, siempre de acuerdo a las claves que él nos ha ofrecido, pero aplicándolas a los nuevos acontecimientos, las mutantes ideologías anticristianas y los movimientos que se vayan sucediendo.

La distinción temporal-eterno, típicamente agustiniana, resume otras contraposiciones histórico filosóficas: espiritual-material, intelectual-sensible, universal-singular, propias del dualismo que vive el mundo. Problemas clásicos de la gnoseología, tal como origen sensible del conocimiento espiritual. No faltan en las soluciones que tenemos que realizar según el Aquinate los elementos aristotélicos y una nítida inspiración bíblica y neoplatónica; siguiendo siempre el ejemplo que nos legó Jesús.

Quizás la gran misión del intelectual católico de nuestro tiempo sea mantener íntegro, en medio de un ambiente caótico y subversivo, el patrimonio de la tradición, la acción de entregar algo en este caso, la antorcha de la cultura a la próxima generación. No de otra manera obraron los católicos más clarividentes cuando en siglos oscuros acaeció la invasión de los bárbaros. Hoy nuevas oleadas de barbarie se lanzan sobre los restos de la civilización cristiana. Hay que librar el “Buen Combate” como diría San Pablo. Algunos intelectuales católicos proponen como táctica, como otrora en los monasterios, mantener viva la llama de la cultura, aun cuando sea en pequeños cenáculos o grupos de formación o en círculos cerrados; nosotros como estrategia proponemos “hacer lío” y abrimos al mundo para recristianizarlo.

El Bien Común, que es la causa final de la sociedad política, requiere además tener claro el concepto de Misión. Cada país tiene su Misión, su destino, puesto por Dios en el momento de su nacimiento. Como un comentario nuestro, podemos decir, que en nuestros países de Hispanoamérica la Misión es la reconstrucción de la Cristiandad Evangelizadora que en estas tierras se llama “Argentinidad”.

Al respecto hoy día pasamos de los Estados-Nación a organismos supra nacionales, como la Unión Europea, el Mercosur, el Nafta, etc. y si bien existe una

Organización de las Naciones Unidas dirigida por parte de las naciones vencedoras de la II Guerra Mundial, y China, por su extensión y población, lo cierto es que tenemos que procurar un Orden Nuevo Universal (O.N.U.). Esto es lo que está proponiendo el Papa Francisco en sus encíclicas y está llevando a cabo, por ahora en forma radial, cara a cara, mano a mano, con diversos líderes religiosos, políticos, económicos y sociales mundiales. Lo tenemos que ayudar en esta empresa y obra arquitectónica nueva y universal. Católico significa universal. ¿Quién podrá imaginar lo que puede ser, en un mañana próximo, la prodigiosa maquinaria de la técnica moderna en manos de príncipes cristianos que no tengan otra preocupación que la difusión del Evangelio? Hay que impregnar con el Evangelio todo el orden temporal: la cultura, la sociedad, la economía y la política. Cuestión que, gracias a los medios de comunicación y al transporte, es perfectamente posible en pocos años antes de que se pase a la Restauración del Trono de David “*con un solo rebaño y un solo Pastor*”.

El Cristianismo será y deberá ser de aquí en adelante el que imprima un carácter esencial y sustancial para la humanidad, por ser poseedor de una feliz revelación. De ahí la necesidad de incrementar las misiones evangelizadoras para que las comunidades paganas y gentiles conozcan y se conviertan en la verdadera revelación de Cristo.

Los males de nuestro tiempo son: El Gran Capital y el capitalismo exacerbado – La Islamización remedo de la Cristiandad y el fundamentalismo terrorista musulmán – El liberalismo y su hijo neoliberal – El socialismo utópico o real que deviene en crisis económicas – La cultura gramsciana e inmanente – El progresismo cristiano – y la *New Ag*; de ahí que estemos en los albores de una gran cruzada cultural.

En una palabra, se trata de rehacer la Cristiandad, no volviendo, como es obvio, a los aspectos anecdóticos de la Edad Media, pero sí a los principios que la gestaron. Se trata de que Cristo reine en la universalidad del orden temporal. Todos los filones de la cultura deben expresar o reflejar a Cristo, la Realeza de Cristo. Que la filosofía refleje a Cristo en cuanto sabiduría encarnada; que las ciencias reflejen a Cristo, perfección de exactitud; que la política refleje a Cristo, Soberano de las sociedades y Rey de las naciones; que la educación refleje a Cristo, supremo Pedagogo; que las artes reflejen a Cristo, la belleza encarnada. Filosofía, ciencias, historia, política, educación, arte, tantas maneras de reflejar a Cristo verdad, a Cristo exactitud, a Cristo Señor de la historia, a Cristo soberano, a Cristo maestro, a Cristo el más hermoso de los hijos de los hombres.

Javier Ramón Casaubon